

continuidad de un maestro: david lean

que tiene su origen en la banalidad y el empanamiento de la vida espiritual de los que Sartre llamaría los «saludos», de la clase dominante en el país vecino, en la que está inserta la mayor parte del público literario. De ahí que adelantáramos que su repercusión podía ser placentera. De ahí también que pensemos, al considerar la versión española de «El Atestado», que su repercusión aquí no ha de pasar del puro desconcierto. Estamos en otra tradición cultural y, además, los nuestros son problemas distintos.

EDUARDO G. RICO

"los premios de poesía boscán" (1949-1961)

HE aquí un libro de gran interés: "Los premios Boscán" (Selecciones de Poesía Española.—Editorial Plaza y Janés.—Barcelona, 1964). Se trata de una antología de aquellas obras que obtuvieron este prestigioso premio desde 1949 hasta 1961. Ello significa, pues, que en el presente volumen se incluyen obras tan importantes y significativas como, por ejemplo, "Redoble de conciencia", de Blas de Otero; "España, pasión de vida", de Eugenio García de Nora; "Nuevos cantos de Vida y Esperanza", de Victoriano Crémer, etc. Es decir, algunas obras que han marcado un momento, que han constituido un punto de arranque o de llegada, en la trayectoria poética española de los últimos años.

Trece premios "Boscán" consecutivos —trece libros, trece nuevos autores— incitan, vistos de esta manera panorámica, a múltiples sugerencias. Cabe advertir por lo pronto, la presencia de dos generaciones —Otero, Crémer, Nora, etc., de un lado; de otro, los más jóvenes: José Agustín Goytisolo, Caballero Bonald, Carlos Sahagún, etc.—. Y cabe advertir también, aunque sea muy fragmentariamente, algo de la evolución de nuestra poesía desde 1949. Por supuesto, a través de estos trece premios "Boscán" no se puede columbrar en toda su dimensión y complejidad esa evolución de que hablamos, entre otras razones, porque a ella han contribuido muchos poetas que no obtuvieron ese galardón y que, por tanto, no figuran en esta antología. Podríamos decir que, como es lógico, en este premio no están todos los que son, aunque —y a eso vamos— si son todos —o casi todos— los que están. He aquí la relación completa: "Nuestra alegría", de Alfonso Costafreda (1949); "Redoble de conciencia", de Blas de Otero, (1950); "Nuevos cantos de Vida y Esperanza", de Victoriano Crémer (1951); "Texto sobre el tiempo", de José Ramón Medina (1952); "España, pasión de vida", de Eugenio de Nora (1953); "Elegía por uno", de Pío Gómez Niza (1954); "Debaño de la luz", de Concha Zardoya (1955); "Salmos al viento", de José Agustín Goytisolo (1956); "Jardín botánico", de Jesús Lizano (1957); "Las horas muertas", de José Manuel Caballero Bonald (1958); "Cerrada noche", de Rafael Santos Torroella (1959); "Como si hubiera muerto un niño", de Carlos Sahagún (1960), y "Poema para un nuevo libro", de José Corredor Matheos (1961).

Aparte del interés intrínseco de casi todas las obras aquí contenidas, algunas de las cuales —repiso— han sido y son fundamentales para comprender la actual poesía española, el presente libro tiene otro interés, y éste de carácter comparativo. ¿Cómo escribían nuestros poetas al empezar la década del 50? ¿Cómo han escrito a lo largo de ésta? Para responder a tales preguntas —que son decisivas, puesto que decisivos son esos diez años en la literatura española— habrá que echar mano, entre otros muchos libros, de esta antología de los premios "Boscán", cuya publicación ha sido muy oportuna.

FERNANDO MOLINERO

los premios del año

La actualidad literaria nos trae tres importantes premios: el "Nadal", obtenido por Alfonso Martínez Garrido, con su novela "El miedo y la esperanza", el premio "Ciudad de Oviedo", concedido a Juan Fariñas por su novela "Los niños numerados" y el "Joan Petit - Biblioteca Breve".

Alfonso Martínez Garrido, que publicó un libro de poemas en 1958, "Ha nacido un hombre", es director de "El Faro", de Ceuta. Tiene veintiocho años, y "El miedo y la esperanza" es su primera novela.

Juan Fariñas ha publicado con anterioridad a "Los niños numerados", una novela: "Puente de cáñamo" (1962). Tiene treinta años y una biografía muy dilatada: en el 51, inició estudios de náutica y desde el 56 al 59, navegó en distintos barcos como marinero de cubierta. Ha residido en Canarias, África del Norte y Francia, donde ha desempeñado diversos oficios.

Por otra parte, el premio "Joan Petit-Biblioteca Breve" correspondió al cubano Guillermo Cabrera Infante, por una obra sobre la revolución de su país. Cabrera Infante es agregado cultural de la Embajada de La Habana en Bruselas.

PRECEDIDO de siete Oscars, abonado por el éxito en todos los países donde ha sido presentado, considerado como uno de los films más espectaculares de la Historia, llega a nuestras pantallas «Lawrence de Arabia», una nueva obra maestra de David Lean.

En las sedudas, eruditas, y a menudo inútiles, historias del cine encontramos pocas alusiones a los films de David Lean. A este realizador se le considera, casi exclusivamente, como autor de «Brief Encounters» (1946). Parece como si a partir de ese film, Lean hubiese dejado de producir, o como si esa película fuese la excepción insólita dentro de una filmografía mediocre. Sin embargo, en el haber de David Lean figuran dos obras de extraordinaria categoría artística: «Brief Encounters» y «Locuras de veranos», y varias otras de enorme interés: «Grandes esperanzas», «Oliver Twist», «La barrera del sonido», «El déspota», «El puente sobre el río Kwai»... Y ahora, «Lawrence de Arabia», film resumen —por el momento— de los temas predilectos de Lean y muestra acabada de la madurez de este director.

A lo largo de toda su obra, Lean se ha interesado por la descripción de un determinado personaje que encarnaba sus preocupaciones ideológicas. A través del estudio de ese personaje se asistía a la reducción de los problemas humanos a un desarrollo de una problemática individualista y dolorosa. Pero no se trata de un sicologismo estricto. A Lean le interesa examinar críticamente a ese personaje para revelar los fundamentos últimos y variados de su personalidad, que han motivado, en definitiva, sus actuaciones concretas ante los problemas que se les han enfrentado.

Tal era el caso del pequeño Oliver en «Oliver Twist», de Laura Jessen en «Brief Encounters», de Jane en «Locuras de veranos», de Shears —William Holden— en «El puente sobre el río Kwai» y del coronel Lawrence en «Lawrence de Arabia». Los films de Lean están todos ellos contruidos sobre una «huída». Oliver huía del entorno social que le oprimía; Laura Jessen, de la cotidianidad asfixiante; Jane, del recuerdo doloroso; Shears, del absurdo de la guerra, y Lawrence, de sí mismo. En realidad, todos estos personajes o, mejor dicho, estas variantes de un mismo personaje responden al tipo del eterno Fausto, la bestia cupidissima rerum novarum, nunca satisfecha con la realidad circundante, siempre ávida de romper los límites de un ser de ahora, de su medio y de su propia realidad actual. Estas palabras de Max Scheler caracterizan con prodigiosa precisión el significado moral de los films de David Lean.

Desde «Oliver Twist» a «Lawrence de Arabia», Lean describe el proceso del enfrentamiento del hombre a la realidad. Un enfrentamiento que puede ser consciente, pero también —y perfectamente válido— intuitivo. Esta rebeldía, esta insatisfacción vital, se vuelcan en una lucha contra la realidad circundante que les ha sido impuesta y con la que se encuentran en fundamental desacuerdo.

Decía más arriba que ese enfrentamiento con la realidad «podía» ser consciente. Pero, hasta ahora, Lean ha descrito personajes cuyas únicas armas eran las de la intuición y el sentimiento: Oliver, Laura, Jane... Sólo Shears tenía alguna lucidez racional y operaba de acuerdo con ella, aunque su comportamiento estaba marcado por el horror y la locura de aquella guerra. Lawrence, en cambio, es perfectamente consciente de su situación. Aquí reside el gran paso hacia adelante que David Lean ha dado en su pensamiento y la madurez de su última obra.

El film comienza con una escena que, para todo aficionado al cine de este realizador, resulta de una completa elocuencia, pese a su simplicidad: Lawrence monta en una motocicleta y se lanza a vertiginosa velocidad por una carretera; una serie de travellings ligados en movimiento nos comunican este desaforado anhelo de huída, de escapada...

Lawrence se siente «extranjero» —en el sentido camusiano— en su propio mundo: en el ambiente universitario de Oxford, en el ámbito castrense; pero también —una nueva cala en la investigación de Lean— extraño en su propia intimidad, fugitivo de sí mismo. Tratará de recuperar esa intimidad perdida refugiándose en un pueblo que está iniciando su historia. Así, al crear la unidad del pueblo árabe, se realizará él vitalmente, recobrará la felicidad que siempre ha perseguido —«Yo quiero, pura y simplemente, ser feliz», confesará Lawrence al sheriff Ali—. Pero ni siquiera en esta nueva vida hallará la resolución de su problema. La contradicción de Lawrence surge cuando, odiando la vista de la sangre, tiene que recurrir a la violencia; cuando, deseando integrarse en una colectividad como un miembro más, ha de convertirse en líder de ella. Lawrence —por primera vez en la rica galería de personajes de Lean— es absolutamente consciente de su frustración humana. Y el valor moral del film reside en la enconada lucha que emprende el personaje contra el entorno, el debate que establece en su propia intimidad para resolver la cuestión. Al final —como en el resto de la obra de Lean—, la destrucción de las ilusiones acabarán anulando al personaje; sólo que, en esta ocasión, Lawrence será perfectamente lúcido de la inutilidad de su lucha individual.

Un film tan rico en sugerencias como «Lawrence de Arabia» no puede comentarse en tan reducido espacio. Basten estas líneas como una contribución al estudio de uno de los autores cinematográficos más originales y desconocidos de nuestro tiempo: David Lean.

JESUS GARCIA DE DUEÑAS